

# CONSIDERACIONES SOBRE LA DIDACTICA DE LA HISTORIA

## I. LAS RAÍCES DE LO MODERNO Y CONTEMPORÁNEO.

De puro sabida se ha convertido ya en vulgar la afirmación de que las edades no se suceden unas a otras de un modo brusco, en fechas inamovibles, sino que alborean cuando las que se consideran anteriores dan sus frutos más sazonados. Quizá pudiera redondearse la frase añadiendo que ninguna edad muere del todo, y que en la Humanidad actual, bajo la costra de una civilización más o menos superficial, sería fácil encontrar tipos representativos de pasadas épocas. Los archivos médicos y jurídicos aportarían multitud de fichas para probar el último aserto, el cual, en definitiva, demostraría la unidad fundamental del espíritu del hombre, en el tiempo y en el espacio... *Y bien pronto nos percatamos —ha dicho un pedagogo (1)— de que el presente se integra con muchísimos más recuerdos que proyectos y esperanzas; que los viejos mandan, los muertos gobiernan, los que fueron dan sentido y realidad vividera a los que somos.*

Si un Maspero ha sabido adentrarnos en el mundo egipcio de hace cuatro y seis mil años, ¿no es razonable pensar que Confucio, Sócrates o Campanella sabrían mostrar cierta comprensión con respecto a los problemas sociales, políticos, filosóficos y artísticos del mundo contemporáneo?

Esa transformación lenta y paulatina de unas sociedades en otras —tomadas en su totalidad, no en sus elementos—, y la persistencia de unas constantes humanas, a lo largo de este proceso, no suelen tenerse en cuenta en la Universidad y Centros de Enseñanza Media, con la importancia que merecen.

Las épocas inmediatamente anteriores a aquellas que, por tradición, se consideran iniciadoras de una nueva fase evolutiva en el progreso de la Humanidad, es decir, «las épocas transitorias», por excelencia —aunque en rigor, cada período

(1) Sanjuán, Teófilo: «Cómo se enseña la Historia». (Madrid, 1929).

de la historia del hombre reclame para sí pleno valor de transitoriedad—, debieran ser objeto de un estudio más concienzudo y sistemático. Así, por ejemplo, tratándose de un curso de Historia Moderna, los temas del programa deberían empezar no en el siglo xv, sino en el xiv. Se dirá que esta centuria queda incluida en el ciclo medieval; a lo cual podría oponerse que interesa mucho más para explicar lo moderno que para cerrar el medioevo. Como razones demostrativas de tal opinión, creo oportuno enumerar las siguientes:

a) La *Divina Comedia*, cuyo período de elaboración se sitúa entre 1314 y 1320, se ha considerado en más de una ocasión como *testamento de la Edad Media*. Recuérdese que Dante murió en Rávena, en casa de Guido Novello de Polenta, el 14 de septiembre de 1321.

b) Las dos primeras figuras, con títulos suficientes para saludarlas como plenamente humanistas, Petrarca y Boccaccio, murieron antes que se columbraran los albores del último cuarto de siglo del xiv. El primero, el 30 de julio de 1374, y el segundo, el 21 de diciembre de 1375.

c) El empleo de la brújula, conocida ya en siglos anteriores, se extiende considerablemente en el xiv. Gracias a ella, y para no citar más que un ejemplo, el infante Don Enrique *el Navegante* está en condiciones de fijar metódicamente la ruta hacia la India. ¿Cabe una clara perfección del dilatado horizonte geográfico del siglo xv, sin recordar, verbi gracia, el valor científico y práctico de los cinco mapas catalanes enumerados a continuación, fechados todos ellos a partir del segundo tercio del siglo xiv?

1. Mapa de Angelino Ducet (1339).
2. Atlas de los Cresques (1375-1377).
3. Mapa de Guillén Soler (1380).
4. Mapa de Guillén Soler (1385).
5. Anónimo catalán de la Biblioteca Nazionale de Florencia, Sección Palatina (fines del siglo xiv).

d) La artillería, sabiamente utilizada por los ingleses a partir de Crécy (1346), realiza enormes progresos en el transcurso de esa centuria. Estos adelantos permitieron más tarde, gracias a los cañones de los hermanos Bureau, expulsar de Francia al enemigo secular (1448-1453), y unos decenios más adelante, a un puñado de valerosos y audaces conquistadores,

dominar millones de indios en las tierras vírgenes del Nuevo Mundo (1492-1558).

e) También el siglo xiv ve multiplicarse las fábricas de papel y perfeccionarse el grabado, condiciones del prodigioso vuelo intelectual que alienta luego, en letras de molde, por todos los ámbitos de Europa. En cuanto al providencial descubrimiento de la imprenta, cabe registrar aquí la especie propalada siglos después de que, cuando Gutenberg hizo el viaje a Venecia vió, en casa de Pamphilo Castaldi de Feltre, maderas chinas para imprimir, *que Marco Polo había regalado al mencionado Castaldi*. Aunque sólo se tratara de una leyenda más en torno a la sugestiva figura del viajero veneciano, muerto en 1324, es altamente significativo el enlace de su nombre con uno de los pilares esenciales de nuestra actual civilización.

f) El Gran Cisma de Occidente —iniciado en 1378— y la traducción de la Biblia al inglés, emprendida por Wycliff —muerto en 1384— son dos acontecimientos que allanan el camino a la revolución de las conciencias, que es lo mismo que escribir revolución de la política, de la filosofía y de la sociedad, que caracteriza el advenimiento de los tiempos modernos.

g) Por lo que atañe exclusivamente a España, y sin más intención que la de apuntar uno de tantos caminos a explorar, mencionaré tan sólo el reino de Aragón, el cual, dentro de la centuria décimocuarta, presenta al *Ceremonioso*, personalidad tan típicamente renacentista en lo político, como en humanidades se destaca su hijo, el *Amador de toda Genialidad*.

En el siglo xiv no muere totalmente el medioevo, es verdad, pero es que en los tiempos actuales, en las entrañas de la tradición de muchos pueblos —entre ellos, el nuestro—, se descubren aun facetas suyas con asombroso vigor. Lo que importa es registrar en aquel siglo el mayor empuje de lo que luego se llamará moderno sobre lo medieval, empuje que a mediados del siglo xv florecerá en todo su esplendor.

Por lo expuesto en los párrafos que anteceden, no vacilo en sostener que las raíces de lo moderno hay que buscarlas en el trecentos, y que todo estudio concienzudo de Historia Moderna debería empezar por él la edad que, clásicamente también, suele terminarse el 4 de mayo de 1789, en lo universal, o el 2 de mayo de 1808, en lo nacional. Por razones similares a las expuestas, sería fácil demostrar la convenien-

cia de iniciar el estudio del mundo contemporáneo partiendo de los estadios culturales del siglo XVIII, cuyo conocimiento es obvio reconocer como indispensable para la comprensión de lo que en 1789 empieza a *manifestarse* en toda Europa. Y no se diga que tales estadios dieciochescos se estudian ya al tratar, cronológicamente, los diversos temas de Historia Moderna. No, no es lo mismo estudiar un período con la vista puesta hacia adelante que con la reflexión aplicada a cumbres ya admiradas. Uniendo en un solo símil este criterio sobre lo moderno y lo contemporáneo, diré aquí que el siglo XIV, enfocado por el profesor de Historia Moderna, equivaldría a la posición del hijo de noble prosapia que, antes de emprender sus propias aventuras, vuelve la cabeza hacia atrás y, al considerar los laureles que ya penden de su escudo, cobra fuerzas para conquistar otros.

Me apresuro a indicar que la inclusión del siglo décimo-cuarto en la investigación histórica moderna no lo haría con la obligación de estudiar en detalle los acontecimientos de la Historia interna y externa de los pueblos que vivieron en su marco temporal, sino únicamente los resultados alcanzados por cada uno de esos pueblos en los terrenos artístico, religioso, filosófico y social.

Los datos reseñados anteriormente son substancia de la palpitante realidad que abre sus brotes en el siglo XV. La visión de este último sin dedicar un recuerdo al XIV es, además de manifiesto desagrado, deslealtad hacia la tradición intrahistórica, verdaderamente castiza, de lo español, sin contar con que, como dice certeramente Huizinga (2), *lo importante para la Historia es distancia, contraste, perspectiva*.

## II. ALTERNANCIA DE LO CULTURAL Y LO POLÍTICO.

El tema expuesto bajo el epígrafe del apartado anterior sirve de introducción al que ahora empieza. En efecto, decía que *las raíces de lo moderno hay que buscarlas en el trescientos*, y que la edad que clásicamente suele estudiarse a partir de la segunda mitad del siglo XV únicamente se explica aquilatando los resultados alcanzados en el siglo XIV,

---

(2) Huizinga, J.: «Sobre el estado actual de la ciencia histórica». (Madrid, 1934).

para cada pueblo europeo, en los terrenos artístico, religioso, filosófico y social.

Reduciéndonos a España —si es que al tratar de España sea posible la idea de reducción—, por regla general suele empezarse su Edad Moderna con el venturoso reinado de los Reyes Católicos, concretamente: con los hechos políticos del reinado de Doña Isabel y Don Fernando. A mi juicio, seguir así es continuar por un sendero equivocado.

El polvo de ese sendero, la densa sombra de los añosos árboles que lo refrescan, así como las rientes praderas de sus márgenes y la luminosa transparencia del cielo que lo cobija, todo ello es gloriosa realidad de antigua raigambre histórica en nuestra patria. Pero... el explorador que recorre el sendero —en nuestro caso, el estudiante de la Sección de Historia de nuestras Universidades—, el explorador, vuelvo a escribir, que pisa el polvo de dura roca hispánica, que se baña en la sombra de ramajes por los que bulle savia de pura cepa nacional, el que serena el espíritu en las praderas sonrientes y alegra el fondo de su alma en la contemplación del espacio infinito, ese explorador no se atreve a detenerse para tomar respiro, y no por falta de audacia, sino porque un secreto instinto le dice que si tal hiciera, el ambiente encantado que le rodea desaparecería en pocos instantes.

¿Por qué?

Porque antes de poner sus plantas en aquel inigualable sendero, nadie se preocupó por hacerle descubrir de qué rocas procedía el polvo, de dónde extraían su savia aquellos árboles y qué pinceles engalanaron con verdes y azules praderas y cielos. El prestigio que rodea a Doña Isabel y a Don Fernando induce a un error de perspectiva, a una falsa transferencia en la valoración de aquellos egregios soberanos. Y con estos conceptos no intento disminuir la grandeza de quienes pudieron reclamarla toda entera. Me explicaré.

Acepto como exponente máximo de una personalidad histórica encarnar los sentimientos de una época, y no cualesquiera sentimientos, sino los mejores, los que intuya que son eslabones de un progreso del que ella, conscientemente, es motor. Esto le inclinará a llevar a la práctica las tendencias políticas de su tiempo, y no todas, sino únicamente las que prometen un feliz resultado, descartando las que hasta aquel entonces demostraran su completa inanidad. Sentimientos excelentes y fructíferas tendencias políticas permitirán a aquella personalidad el despliegue a su alrededor de una filosofía,

arte y literatura, cuyos cultivadores, agradecidos, cantarán panegíricos a su protector, *no a su creador*. Porque Horacio cantara a Mecenas, nadie atribuirá a este último el genio político de aquél.

Isabel I y Fernando V participan de tal categoría. No es que supieran compenetrarse con el pensar y el sentir de sus súbditos, como suele leerse, sino que poseyeron la feliz intuición de adoptar como normas de conducta oficial aquellas por las que había perdido la cabeza Don Alvaro de Luna, pongamos por caso. Y como el recuerdo del glorioso condestable se mezclaba ya con la leyenda, en el pueblo de los muy católicos reyes de España forzosamente debían despertar entusiasmo cuantas medidas dictaran sus monarcas, siguiendo la pauta marcada por el vencedor de Olmedo.

Dado que no puedo aspirar a exponer con más belleza y mayor precisión lo que con su maestría habitual escribió en su día D. Marcelino Menéndez Pelayo, he de recomendar aquí la lectura de su estupenda antología, *Poetas de la corte de Juan II* (3) cuyos son estos fragmentos categóricos: *De 1419 a 1454 se extiende el reinado de Don Juan II de Castilla: período capitalísimo en la historia política y literaria de nuestra Edad Media, si ya no preferimos ver en él un anticipado ensayo de vida moderna, y como una especie de pórtico de nuestro Renacimiento. Más adelante, añade: De la misma suerte que en lo político, es este reinado época de transición entre la Edad Media y el Renacimiento, por lo que toca a la literatura y a las costumbres. Toda la obra es un alegato formidable en pro de lo que intento exponer en el presente apartado: que así como esta época, primera mitad del siglo xv —tan llena de sombras en lo político, brillante y risueña en las manifestaciones artísticas— explica satisfactoriamente el generoso impulso de Sus Altezas, muchos procesos políticos, por acusados y geniales que sean los caracteres de los personajes que los representan, tienen su explicación en un proceso cultural anterior, y no viceversa, aunque a veces el marco político facilite el florecimiento de la cultura, circunstancia que se da en nuestro caso de los Reyes Católicos.*

Esto me persuade aconsejar, al estudiar una época determinada, la averiguación de cuáles son los temas que preceden o prevalecen en el período en cuestión: si los culturales o los políticos. Resuelta la pregunta, comprobáramos que en

(3) Madrid, 1943.

los programas, las lecciones de orden cultural *no irían siempre* a continuación de las de tipo político, sino antes, o tal vez alternadas con éstas. Quizá pensará alguien que es asunto éste de poca monta, pero no dudo de que se apartarán de este superficial criterio cuantos reconozcan a la Pedagogía el lugar que debiera ocupar en todo ministerio público, ya sea el periodismo, la tribuna, el púlpito o la cátedra. El resultado mínimo que se obtendría sería el de infundir en los libros y programas el *hábito de la vida*, que ahora, con honrosas excepciones, suele faltar en ellos.

Echando mano de un ejemplo, quizá tan español como italiano, citaré el caso típico de *Il Principe* de Maquiavelo. Conocida es la influencia que en la ardiente fantasía del florentino ejerció en su día la vida borrascosa de César Borgia. El malogrado duque de la Romaña fué el modelo que tuvo presente en la redacción de su libro famoso, libro que dedicó a Lorenzo de Médicis para animarle en la empresa que en aquella sazón quitaba el sueño a la más rica familia de Italia: la fundación del Principado de Emilia. En esquema: un modelo de la palpitante realidad —hecho político— inspira la redacción de una obra literaria fundamental de los tiempos modernos —hecho cultural—, la cual, a su vez, empuja a la acción multitud de soberanos grandes y pequeños de los siglos XVI y XVII, hasta cuajar en la frase, cuya autenticidad es lo que menos importa en este caso: *l'Etat c'est moi*, hecho político.

¿No es en la anarquía y desorden de la nobleza donde los Reyes Católicos hallaron estímulos, por ley de contraste, para asentar la monarquía absoluta? Como es sabido, esa anarquía venía de muy antiguo. ¿No fué en la benemérita clase de los letrados donde los Reyes Católicos encontraron el más firme sostén de su obra depuradora en el terreno administrativo, judicial y militar? No es necesario señalar que esos meritísimos letrados se pusieron a la disposición de Don Fernando y Doña Isabel, lo cual indica que desde un principio los reyes contaron con excelente instrumental humano, *y existente a su llegada al trono*. ¿Qué razones impiden al historiador explicar la aparición de esos letrados, sus ambiciones y los centros y enseñanzas que contribuyeron a su formación?

El qué y el porqué, eso es lo que brilla por su ausencia en la mayoría de textos y programas, como si fuera posible apreciar una tela de Velázquez sin claroscuro o escuchar la

malagueña de Albéniz sin que percutiera nuestro oído una sola nota.

La edad de oro de la literatura castellana, ¿surge acaso por generación espontánea? Se me dirá, seguramente, que no hago más que enunciar verdades sobradamente conocidas y trilladas, a lo cual cabe redargüir que precisamente de tan trilladas se tienen olvidadas, y que la juventud que acude a las aulas tiene que recorrer de nuevo los caminos ya desbrozados por los que se quemaron las cejas intentando alumbrarlos. Conviene que esa juventud, con sus sudores y lágrimas, desbroce también algunos, y no admita por cocido el plato cuyos ingredientes desconozca; pero no todos, naturalmente.

Como testifica Hernando del Pulgar en los *Claros varones de Castilla*, título XVII, al terminar con la morisma, los caballeros castellanos se derramaron por el mundo y escribieron con sus obras proezas no igualadas. Luego, en decadencia ya la casa de Austria, la acción esplendorosa, pero externa, de aquellos héroes, se reflejó en el alma castellana, concentróse en un espíritu vigoroso aún, pero de acción interna, y estallaron los brotes jugosos de nuestro clasicismo literario. Esta idea tan clara y tan sencilla, en la que se comprueba una vez más *la alternancia*, ora en un sentido ora en otro, de lo cultural y lo político, no trasciende como debiera a la mente del estudiante.

### III. LA VIDA, EL DOCUMENTO Y LA ERUDICIÓN.

Me cuento entre los afortunados mortales que pudieron convivir algún tiempo con un maestro de la historia literaria de nuestra Nación: D. Francisco Rodríguez Marín —que en paz descanse—, cuyos títulos, cargos y obras no es este lugar a propósito para enumerar, y menos todavía ponderar. Cuatro meses compartí con él las tardes de días preñados de angustias por el porvenir de España, y en esos cuatro meses aprendí más que en cuatro años que me hubiese enterrado en archivo o biblioteca. Aprendí por la vía de todas las potencias de mi alma al enfrentarme pacíficamente con una erudición que se aparta de la conocida estampa del erudito nórdico «Secocomo-Polvo, cazador de gazapos o descubridor de dermatos esqueletos», como escribiera en sus días el irascible rector de Salamanca.

Rodríguez Marín era la erudición viva, fuente inagotable de gracejo y curiosidad; el maestro que, con los puntos de su pluma, transformaba en vergel el tema más árido ¿Se ha alzado alguna voz contra el rigor científico de su labor histórico-literaria? Y, sin embargo, ahí está, al alcance de la mano de cualquiera que sepa y le guste leer, aunque no haya cursado estudios especializados. El título de uno de sus libros bastará para dar idea de aquel ingenio que desapareció sin aguardar el homenaje que el país entero pensaba tributarle. Dice así el título: «Ensaladilla. Menudencias de varia, leve y entretenida erudición». Retrata al hombre que en vida supo concertar maravillosamente la hondura del «dicenciado» y el donaire del «bachiller».

¡Respeto al sabio que día tras día y año tras año acumula datos y alinea fechas, con cuyos materiales se logrará la explicación o se trazará la génesis de sucesos y épocas pasadas! ¡Honor al arqueólogo que, hundiendo los pies en el fango o arrastrándose por las tenebrosidades de una caverna, saca a luz civilizaciones que se pierden en la noche de los tiempos...! Pero con todo el respeto y honor debidos, ¿por qué no esperar de ellos algo más que cotejo de documentos con comentarios más o menos explícitos, enumeración de hechos, listas de hallazgos, exposición de causas y efectos, clasificaciones, cuadros sinópticos y cronologías, siempre sujetas a periódicas revisiones? *¿Qué provecho sacamos nosotros, la sociedad, la cultura, el mundo, de esta ciencia histórica que muele el polvo de los archivos?* — ha dicho Huizinga, en tierra española (4). Y más adelante: *Privilegio y caro de la Historia es hacerse comprender para todas las personas cultas.*

Suele contestarse que aquello es ciencia pura, y que cuanto de esa trayectoria se aparta es... ¡literatura! Frase despectiva que se oye, y aquí está lo peor, en labios de muchachos que se aprestan a desenredar la madeja de los nudos oscuros de la Historia patria, muchachos por otra parte dignos de elogio por su laboriosidad, tesón y honradez intelectual. Yo no puedo menos de exclamar: ¡Literatura, sí! Hace falta mucha literatura, porque ésta y no los datos escuetos del pergamino, del infolio o del pedernal proporcionará la sensa-

(4) Huizinga, J.: «Sobre el estado actual de la ciencia histórica». En un párrafo anterior ya había dicho: *¿Quién no conoce la aridez reacia del breve resumen y la soporífera especificación interminable de la monografía demasiado extensa?*

ción de frescura que corre por un cuerpo vivo, el soplo que permite resucitar, con sus alegrías y sus dolores, las sociedades pretéritas, de tal modo, que las presentes y futuras lean su relato escrito captadas, no sólo por la curiosidad de la ficha paleontológica, sino por el raudal de acción, pasión, odio y amor que de ellas se desprenda. Será historia escrita no con ánimos de hacerla mero producto literario, de presentar *historia perfumada* a lo Emil Ludwig, sino con el impulso de quien pretende llegar a la comprensión del público culto, con la esperanza de no ser por él tildado de abstruso y aburrido.

Menéndez Pelayo, en uno de sus discursos de crítica histórica (5), inaugura uno de sus períodos con el siguiente párrafo: *De la Historia vengo a hablaros; pero no considerada en su materia y contenido, ni siquiera en las reglas críticas y método de investigación para escribirla, sino de lo que a primera vista parece más externo y accidental en ella, de lo que condenan muchos desdeñosamente con el nombre de forma; como si la forma fuese mera exornación retórica, y no el espíritu y el alma misma de la Historia, que convierte la materia bruta de los hechos y la selva confusa y enorme de los documentos y de las indagaciones en algo real, ordenado y vivo, que merezca ocupar la mente humana, nunca satisfecha con vacías curiosidades, y anhelosa siempre por las escondidas aguas de lo necesario y de lo eterno. Voy a hablar, pues, no de crítica histórica propiamente dicha, sino de la Historia considerada como arte bella, de noción estética de la historia; ya que es grave defecto en los modernos tratadistas excluir del cuadro de las artes secundarias el arte maravilloso de los Tucídides, Tácitos y Maquiavelos, mientras que admiten sin reparo y explanan en muchas páginas el arte de la danza o el de los jardines.*

La vida, hasta la más sórdida y ruin, se muestra sedienta siempre de un valor estético. No sería muy difícil demostrar que, aun prescindiendo de las obras de la antigüedad clásica, únicamente los volúmenes que, ¡con arte, con verdadero arte!, han sabido reconstruir la existencia de siglos y milenios anteriores son los que han merecido trasvasar las fronteras y cruzar los mares del mundo. ¿Pecaminoso habrá

---

(5) Menéndez Pelayo, M.: «De la Historia considerada como obra artística». Estudios y discursos de crítica histórica y literaria. Vol. VII, t. XII de la edición de sus obras completas. (Madrid, 1942).

de considerarse todavía en nuestro siglo casar la ciencia con el arte? ¿Por tan difícil se tendrá exponer la vida atormentada o placentera de generaciones extinguidas, rezumando brío y sangre de nuestros propios tormentos y placeres? No hay que olvidar el nombre de la musa protectora de nuestra ciencia: Clío, nombre que vale por todo un poema con entrañas que palpitan, mucho más que por toda una teoría. No hace mucho, el ilustre académico Dr. D. Pedro Font Puig, recordaba con orgullo a un español como Marcial —tan antiguo y tan actual—, entre otras cosas por *su ojeriza contra el arte nimiamente primoroso, pero sin palpitación vital de lo real* y por su aborrecimiento hacia todo aquel que *por ir cargado de libros y papeles, se la da de intelectual* (6).

Literatura repito, y añadiré: y Filosofía. El Dr. D. Manuel García Morente, en la conferencia que el día 8 de abril de 1942 pronunció en el ciclo organizado por la institución «Príncipe de Viana», dió, frente a las unilaterales de Hegel y Spengler, una definición de la historia que viene aquí como anillo al dedo para corroborar lo que voy pergeñando en este artículo. Decía el ilustre profesor: *La Historia es una realidad de tipo viviente, una realidad en que el ser varía con el tiempo, el cual tiene una función creadora, pero libre... la realidad Historia es una realidad personal.*

Dígase, pues, que de los pechos de la realidad —afirma Menéndez Pelayo en el discurso citado más arriba— *se nutre la Poesía como se nutre la Historia, y que entrambos conspiran amigablemente a darnos bajo la verdad real (porque también es real o verosímil) la verdad ideal, que va deletrando el espíritu en confusos y medio borrados caracteres.*

Ni más ni menos.

#### IV. LO NACIONAL.

*De acuerdo con eximios historiadores* —ha escrito Santiago Ramón y Cajal (7)— *estimo que la evolución genuinamente nacional terminó con Fernando el Católico y el cardenal Cisneros* (8). *Los reyes sucesivos trabajaron «pro domo sua».* Y

(6) «Historia del pensamiento español».

(7) Cajal. S. R. y: «El mundo visto a los ochenta años», cap. XII. (Madrid. 1934).

(8) *Con las dinastías extranjeras se opera una desviación del espíritu nacional.* dice Zacarías García Villada en «El des-

cita en su abono a Jovellanos, Cánovas, Costa, Ortega y Gasset, Delcito, Maeztu, Senador, nombres todos de españoles a los que añadiré el de un extranjero, Henri Hauser, quien, en su volumen *La prépondérance espagnole* (9), al hacer el paralelo de las políticas respectivas de Richelieu y el Conde-Duque, subraya el hecho de que el Cardenal sirviera a Francia, mientras que Olivares defendía únicamente a una dinastía...

He aquí un campo fructífero de investigación científica: ¿cómo, cuándo y de qué manera, los elementos que a lo largo de los siglos caracterizan a la nación española, emprendieron un viraje hacia la derecha o a la izquierda, hacia arriba o hacia abajo, al asentar en nuestro suelo sus plantas Austrias y Borbones?

Porque de la existencia del mencionado viraje nadie se atrevería a ponerlo en tela de juicio. Llevando la mano al corazón, ¿habría alguien que negase la ternura y llaneza con que nos acercamos a los Reyes, Católicos, muy diferentes del respeto o admiración con que nos adelantamos hasta la dignidad imperial del primer Carlos o la solemne majestad del Rey Prudente? Una explicación científica, si cabe, en la segunda etapa de aquel viraje, nos la ofrece el Dr. D. Pedro Font y Puig, en el trabajo mencionado (10) *...es ley histórica la de los movimientos pendulares, según la cual todo alejamiento de la posición de equilibrio lleva a otro alejamiento en sentido opuesto; por consecuencia, la crisis de seso y mesura de la España de fines del XVII tuvo que llevar a muchas mentes españolas a precipitarse en la corriente carlesiana o en derivaciones de ella; movimiento impulsado por la aspiración al buen sentido y a la mesura, aspiración en sí tan justa como connatural con la psique española, pero que*

tino de España en la Historia Universal» (Madrid, 1940). De esa desviación, que el autor achaca principalmente a los Borbones, se derivaron: a) incompreensión de nuestro destino y de nuestro pasado; b) aborrecimiento de lo tradicional. Hasta en Menéndez Pelayo puede registrarse opinión que corre parejas con las anotadas aquí. En «Heterodoxos», t. V, pág. 388, se lee: *Al frente de este pueblo se encontró colocada por derecho de herencia una dinastía extranjera de origen, y en cierto modo noco simpática, guardadora no muy fiel de las costumbres y libertades de la tierra (aunque harto más que la dinastía francesa que le sucedió), sobrado atenta a intereses, pretensiones, guerras y derechos de familia, que andaban muy fuera del círculo de la nacionalidad española.*

(9) «Peuples et Civilisations», t. X.

(10) «Historia del pensamiento español», pág. 41.

por la citada ley de los movimientos pendulares fué desmesurado.

De la investigación apuntada más arriba se inferirían los caracteres verdaderamente nacionales, de los cuales tal vez algunos no coincidirían, como en la mayoría de las naciones europeas, con sus defectos. En cuanto a estos últimos baste recordar la frase inglesa, henchida de soberbia: *Right or wrong, my country!* Por la índole de nuestro espíritu colectivo, los españoles no nos vanagloriamos con ese grito desafiador (11). Pero... claro está, en los repliegues de nuestra capa se esconden otros defectos de los que ingenuamente nos hemos envanecido. Y como no me he propuesto enumerarlos, mencionaré aquí solamente el que ya, aplicado a nuestros antepasados íberos, registraron Tucídides, que los tenía por lo más belicoso de los bárbaros, y Trogo Pompeyo, quien decía que si les faltaba la guerra fuera, la buscaban dentro... Defecto deplorable, que si hubo tiempos en que se llamó gloria nacional, las consecuencias de ella se pagaron muy caras en siglos posteriores.

Sin extenderme a este respecto, como pudiera hacerlo con la *envidia*, otro defecto muy español (12), hago constar la realidad del hecho porque lo considero de importancia capital en todo curso de Historia de España, en las Edades Moderna y Contemporánea precisamente.

En el llamado siglo de preponderancia española en Europa —desde la paz de Cateau Cambrésis (1559) a la de los Pirineos (1659)—, las dos notas con que se caracterizaba a nuestra Nación en el extranjero eran las de intolerante y mística. Aunque por lo expuesto se comprende que esta posición internacional debió de tener un principio, nunca estará de más recordar que, antes que el celo de Cisneros provocara la sublevación del Albaicín —pongo por caso, para señalar un mojón de partición—, y prescindiendo de las esporádicas matanzas de judíos, cuyas causas debieran buscarse en otras esferas, la posición de España —al menos de la España ilustrada— era muy otra, en contraste con la opinión europea de entonces. Circunscribiéndonos a Castilla, vale la

(11) Al contrario, nuestro Fuero Juzgo consigna en su Ley 6.<sup>a</sup>, título II, libro I: «Los hombres se tendrán por mejor armados por derecho que por armas». (Citada por P. Font Puig, en «Historia del pensamiento español», pág. 15).

(12) «La envidia es flaca porque muerde, pero no come», ha escrito Quevedo.

pena copiar un párrafo de D. Juan Manuel, en el *Libro de los Estados*, cap. XIX (13): *Jesucristo mandó en su ley que ningún omne de otra ley non fuese enganado nin apremiado por fuerza para la creer. Ca los servicios apremiados o forçados non plaze a Dios. Et nos los xianos somos tenidos de morir por la fe et por la creencia de la ley que ihu. x. nos dió. Et los que son letrados dévenla pedricar et fazer quanto pudieren por la acrescentar diciendo verdat sin premia et sin enganno.*

Al contrastar estas dos posiciones dispares, cabe la sugereencia de que para el docto nieto de San Fernando, los judíos expulsados de la Península en virtud del edicto de 31 de mayo de 1492, habrían sido mucho más españoles que los genoveses, alemanes y holandeses, a quien en la *Vida y hechos del Emperador Carlos V*, Fr. Prudencio de Sandoval retrataba así: *Que era común proverbio llamar el flamenco al español mi indio. Y dezían la verdad, porque los indios no davan tanto oro a los españoles, como los españoles a los flamencos.* Esto me trae de la mano tratar de otro asunto que, aunque merecería capítulo aparte, puede cobijarse muy a gusto bajo el epígrafe de este apartado. Es el siguiente. Bien está advertir a los estudiantes y señalar en los «textos» de Historia de España frases como éstas: *De acuerdo con el clamor general de los súbditos, los reyes... Creencia de la época, aquella medida concertaba con la opinión corriente en el siglo... O bien: El rey no hizo más que traducir en hechos los deseos del pueblo...* Estas salvedades —indiscutibles. ¿qué duda cabe?— propenden a una generalización demasiado extensa, que lleva a olvidar el hecho de que, por ejemplo, nuestro heresiaca Miguel de Servet fué tan español, en la plena acepción del vocablo, como nuestro dominico el internacionalista Francisco de Vitoria (14). Naturalmente, se tendrá que calificar de fanática e intolerante la atmósfera europea del siglo XVI —autos de fe en España, cámara ardiente en Francia, persecuciones y ejecuciones en Inglaterra—, pero de paso, ¿por qué no recordar sin odio ni desdén las figuras de Eras-

(13) Citado por Andrés Giménez Soler en su obra «Don Juan Manuel», pág. 130. (Zaragoza, 1932).

(14) En este aspecto, los «Heterodoxos», de Menéndez Pelayo, proporcionan amplia información acerca del contingente que en aquellos decenios dió nuestra Patria a la herejía. A propósito de Servet, léase especialmente el tomo IV, páginas 376-378.

mo (1467-1536), de Alfonso y Juan de Valclés, muertos, respectivamente, en 1532 y 1541, genuinas representaciones de transacción, eclecticismo y tolerancia?

Y para terminar, valga lo que valiere, partiré de la definición de patriotismo que en la conferencia registrada en páginas anteriores pronunció el Dr. D. Manuel García Morente: *Patriotismo es el propósito radical, por nuestra parte, de fundir nuestra vida personal con la vida de la nación. El que vive una vida aparte de la vida de la nación no es patriota*. Definición en que el sentimiento de nacionalidad, por lo que tiene de fusión amorosa, adquiere un matiz místico y que no vacilo en ayuntar con este párrafo batallador y, como tal, de progeñie unamunesca: *Si queremos hacer valer nuestra personalidad, derramémosla, estampando su sello en cuanto nos rodea. Hagamos como aquel a quien le sobra... Tengamos también los vascos nuestro imperialismo, un imperialismo sin embrador, difusivo y pacífico. Revasemos de la patria chica, chica siempre, para agrandar la grande, y embujarla a la máxima, a la única, a la Gran Patria humana...* (15).

Funda cada cual sus ambiciones particulares con el honor de la Nación. Identifiquemos nuestros anhelos espirituales con el prestigio de nuestra Nación. Propaguemos nuestros ideales y pareceres con ánimos de conquistar la Patria para nuestra causa. Adopte esta iniciativa el gallego y el murciano, el aragonés y el andaluz, y así, desde Cataluña hasta Extremadura, definida por Melchor Fernández Almagro como una *Castilla impaciente, en carrera a mares del Sur* (16), todos nos sentiremos más hijos de nuestras obras, orgullosos de ellas, lo cual querrá decir orgullosos de sentirnos españoles. Rechazaremos la *leyenda negra* puesta al descubierto por Julián Juderías, pero sin caer en la *leyenda blanca*. Ya que somos carne de un pueblo que tan altos ejemplos ha dado al mundo. ¿por qué no servir a éste de modelo en lo que debiera exigirse de toda conciencia histórica? *Nuestra conciencia histórica* —ha dicho Huizinga (17) *sólo puede funcionar en libertad y humildad. El servir la ciencia es cosa de reverencia y sujeción, pero sujeción a lo más supremo*. Así, en cualquier grado de enseñanza, desde el primario al superior, la formación en Historia requiere —y a la vez ha de estimular— espíritu de sujeción reve-

(15) Unamuno, Miguel de: «La crisis actual del patriotismo español».

(16) «La Vanguardia», agosto de 1947.

(17) Huizinga, J.: Op. cit.

rente a la verdad que libera y al rigor del método que encauza, presente siempre la jerarquía de los valores. Se ha de sentir noble ansia por la eficaz ejemplaridad de lo español, ansia que nos debe acuciar más y más lo español en nosotros mismos para asegurar la fecundidad de su ministerio.

RAFAEL OLIVAR BERTRAND.